

LA CONFERENCIA DE LUSAKA

Durante los días 8 al 10 de septiembre, se han reunido en Lusaka los representantes de 54 naciones adscritas al grupo denominado «países no alineados» o «no comprometidos». Los portavoces más calificados de este bloque de Estados no vacilan en considerar esta Conferencia como un éxito rotundo y así lo han expresado en reiteradas ocasiones. No obstante, en ésta, como en casi todas las reuniones de este tipo, nos parece lo más prudente no generalizar y nos pronunciamos por admitir que se han manifestado, en el transcurso de la Conferencia, aspectos positivos y negativos que conviene subrayar. Por lo pronto, no cabe dudar de que ha sido un éxito destacado conseguir la asistencia de 16 jefes de Estado (Botswana, Burundi, Congo-Brazzaville, Chad, Chipre, Etiopía, Guinea Ecuatorial, Indonesia, Mauritania, Nepal, República Centroafricana, Sudán, Tanzania, Uganda, Yugoslavia y Zambia), cuatro vicepresidentes (Camerún, Iraq, Kenya y Liberia) y siete jefes de Gobierno (Afganistán, Ceilán, Ghana, India, Sierra Leona, Singapur y Swaziland)¹, así como, en conjunto, reunir a tan elevado número de países de cuatro continentes. Esto implica, por lo menos, un éxito de organización y, desde este punto de vista, es posible considerar que la III Conferencia de países no alineados ha sido, en gran modo, un triunfo de la diplomacia yugoslava y un éxito personal del

¹ La distribución por continentes de las 54 naciones que han concurrido a esta III Conferencia es la siguiente: Africa 33—Argelia, Botswana, Burundi, Camerún, Congo-Brazzaville, Congo-Kinshasa, Chad, Etiopía, Gabón, Ghana; Guinea; Guinea Ecuatorial, Kenya, Lesotho, Liberia, Libia, Malí, Mauritania, Marruecos, Nigeria, RAU, República Centroafricana, Ruanda, Senegal, Sierra Leona, Somalia, Sudán, Swaziland, Tanzania, Togo, Túnez, Uganda y Zambia—; Asia, 15—Afganistán, Ceilán, India, Indonesia, Iraq, Jordania, Kuwait, Laos, Libano, Malasia, Nepal, Singapur, Siria, Yemen, Yemen del Sur—; América, cuatro—Cuba, Guyana, Jamaica, Trinidad-Tobago—, y Europa, dos, Chipre y Yugoslavia. No contestaron a la invitación otros ocho países africanos (Alto Volta, Costa de Marfil, Dahomey, Gambia, Madagascar, Malawi, Mauricio y Níger) y uno asiático (Birmania). Durante la sesión del 9 de septiembre se admitía como observador al Vietcong.

mariscal Tito que se ha consagrado como el dirigente más prestigioso del Tercer Mundo, hecho perfectamente natural si se considera que Tito—junto con los desaparecidos Nasser, Nehru y Sukarno—fue el artífice de ese bloque de naciones. Las incidencias previas a esta reunión así lo confirman y la propia celebración de la Conferencia ha sido el producto de una acción diplomática muy prolongada y hábil ejercida pacientemente hasta lograr la participación de muchos Estados que vacilaban en concurrir a la misma. Como ejemplo podemos citar que la presencia de Argelia constituyó una sorpresa, ya que, en junio de 1969, Argel—tanto por vía diplomática, como por una intensa campaña de prensa—había hecho saber que consideraba inoportuna, en las presentes circunstancias, la celebración de la Conferencia, puesto que sus miembros estaban divididos respecto a problemas capitales, tales como el Vietnam y Palestina. En tal sentido, opinaban que la manifestación pública de estas discrepancias perjudicaría al prestigio del bloque no alineado y a los propios principios en que se funda. En aquellos momentos, el punto de vista argelino fue compartido por otros Estados, tales como el Congo-Brazzaville. No obstante, la labor diplomática persuasoria que hemos mencionado ha resultado tan eficaz que Argelia, reconsiderando su posición, ha enviado a Lusaka una nutrida representación aunque no concurriese personalmente el coronel Bumediam y se hiciese representar por su ministro de Asuntos Exteriores, Buteflika. Los motivos invocados para este cambio de opinión fue el del carácter militante que la Conferencia estaba dispuesta a adoptar respecto a los problemas del colonialismo en el Africa austral. Otros casos de pasividad ante la convocatoria fueron, también, transmutados en una presencia activa merced a la habilidad de los organizadores, principalmente de Yugoslavia, que consideraba necesario consolidar ese bloque por la importancia que supone como respaldo de su política de independencia ante el Este y el Oeste, lo que constituye la piedra angular de su dinámica acción exterior. Por ello no ha escatimado su aportación económica: expertos y dinero yugoslavos habían construido en cuatro meses el edificio que debía albergar la Conferencia; su agencia informativa Tanyug monopolizó prácticamente la distribución de las informaciones y el mariscal Tito, ocupando la mesa presidencial, fue el árbitro indiscutido de Lusaka.

El antecedente inmediato de esta reunión cumbre de Lusaka se encuentra en las dos Conferencias celebradas anteriormente. La I Conferencia de países no alineados fue el resultado de las gestiones realizadas por algunos dirigentes prestigiosos—Tito, Nasser, Nehru, Haile Selassie y Sukarno—deseosos de

LA CONFERENCIA DE LUSAKA

formar un bloque de países que actuase con plena independencia de aquellos otros tutelados por Moscú y Washington. Los frecuentes contactos que mantuvieron esos estadistas, especialmente durante los años 1954 a 1956, desembocaron en una estrecha colaboración política caracterizada fundamentalmente por el deseo de no adherirse a ninguno de los dos bloques antagónicos regidos por las dos superpotencias mundiales, creando lo que se ha dado en llamar «mundo interpuesto». Esa analogía, más bien que identidad, en los puntos de vista de los dirigentes mencionados, hizo posible la celebración de la I Conferencia cumbre de los países no alineados, celebrada en Belgrado del 1 al 6 de septiembre de 1961², con el objetivo fundamental de definir el contexto ideológico implicado en esa actitud.

La II Conferencia cumbre de los países no alineados se celebró en El Cairo del 5 al 10 de octubre de 1964. Participaron en ella los jefes de Estado o de Gobierno de 47 países, alcanzando a 70 el número de los invitados, diez de los cuales enviaron observadores. Las deliberaciones corroboraron la impresión, ya extraída de la Conferencia de Belgrado, de la ambigüedad del término de «no alineación»—factor común aglutinante del bloque—puesto que se advertía claramente que cada uno de los países participantes poseía su propia interpretación del no compromiso. Finalmente, la Conferencia adoptaba un «programa para la paz y el desarrollo internacional» basado en los principios generales de la «no alineación» tal como habían sido definidos en Belgrado³. Para hacer posible su aprobación, ese programa constituyó una especie de compromiso entre los partidarios de un neutralismo más o menos amplio y aquellos otros de matiz abiertamente «progresista» que pretendían imprimir al movimiento una radicalización, deseando comprometerlo abiertamente en una resuelta acción contra el neocolonialismo y el imperialismo. Entre otras cuestiones, se condenaba duramente—como en Belgrado antes y

² Cfr. Julio COLA ALBERICH, *La Conferencia de Belgrado de países no comprometidos*, número 58 de esta REVISTA (noviembre-diciembre 1961).

³ Estos principios fueron: 1. El país debe tener una política independiente basada en la coexistencia de Estados con sistemas sociales y políticos diferentes, y en el no compromiso, o mostrarse favorable a esta política. 2. El país en cuestión deberá apoyar constantemente los movimientos de independencia nacional. 3. El país no deberá formar parte de ninguna alianza militar multilateral concluida en previsión de posibles conflictos entre las grandes potencias. 4. Si el país ha concluido una alianza militar bilateral con una gran potencia, o un pacto de defensa regional, dichas alianza o pacto no deben haber sido concluidos en relación con posibles conflictos entre las grandes potencias.

ahora en Lusaka—la discriminación racial y la política sudafricana ya que estos temas se han revelado como los únicos capaces de suscitar la unanimidad de tan heterogéneo grupo de naciones. Se pedía, también, el cese de la intervención extranjera en el Congo, la «liquidación de la base militar británica en Adén», las manifestaciones de «colonialismo y neocolonialismo» en Hispanoamérica, la concesión de la independencia a la Somalia francesa, el cese del bloqueo económico y comercial a Cuba y, en último término, se hacía un llamamiento a los países firmantes del acuerdo de Ginebra sobre Indochina para que se abstuviesen de cualquier acción susceptible de agravar la situación en el Sudeste de Asia. Como colofón, exigían la conclusión de un acuerdo entre las grandes potencias para lograr un desarme general y completo.

En el terreno de la práctica, algunas de estas conclusiones han pasado a ser efectivas (Congo, Yemen del Sur). Pero, ante todo, se demostraba que una gran parte de las naciones del mundo no se resignaban a ser manejadas por las conveniencias, o el capricho, de las superpotencias que amenazaban, en primer término, la propia supervivencia de la Humanidad con las querellas promovidas por sus particulares intereses.

Habiendo transcurrido cinco años desde la Conferencia cairota, algunos países, especialmente Yugoslavia, consideraron la conveniencia de convocar una nueva para actualizar la política de no alineación a la luz de la evolución experimentada por el panorama internacional y de su especial tensión con motivo de conflicto árabe-israelí, reafirmando los objetivos políticos conseguidos en los anteriores encuentros.

REUNIONES PREPARATORIAS DE LA III CONFERENCIA

Conferencia consultiva de Belgrado.

El mariscal Tito, después de un largo viaje por Asia y Africa, lograba convencer a los principales estadistas del Tercer Mundo de la oportunidad de celebrar la III Conferencia. Con tales fines, se reunía la Conferencia consultiva de los países no alineados, del 8 al 12 de julio de 1969, en la capital yugoslava. A ella concurrieron 51 países representados por un ministro o por su embajador en Belgrado, así como otros siete que acreditaron a un obser-

vador⁴. «El mejor remedio contra la guerra fría—declaraba el mariscal—es una nueva Conferencia cumbre de los países no alineados». En su forma de interpretar los hechos, esta III Conferencia, en vez de fijar una serie de conclusiones de carácter general debía perfilar un «programa de acción concreta» en cada uno de los asuntos de interés común. A ese programa, una vez que fuese adoptado en la Conferencia, debería ajustarse la actuación de los países no alineados—con su voto y con su voz—en la Organización de las Naciones Unidas, presentando un frente común de gran envergadura. «Los países no alineados—explicaba Tito—no deben contentarse con el papel de observadores, sino que deben participar activamente en la solución de los problemas que ponen en peligro el porvenir del mundo». La Conferencia terminaba con un comunicado—redactado a partir de cuatro proyectos presentados por Yugoslavia, Argelia, Zambia y Kenya—en el que se afirmaba haberse comprobado «la utilidad de la Conferencia de jefes de Estado y de Gobierno».

Conferencia preparatoria de Dar Es-Salaam.

Decidida, así, la convocatoria de la III Conferencia, el 13 de abril de 1970 se abría en Dar Es-Salaam, la Conferencia preparatoria de la misma. Pese a haber transcurrido sólo nueve meses desde que habían tenido lugar las deliberaciones de Belgrado, ese breve intervalo de tiempo había sido suficiente para que un cierto número de naciones reconsiderasen su postura y vacilasen en acudir a la capital tanzania. Los meses de febrero y marzo, en consecuencia, supusieron un arduo trabajo para los organizadores con el fin de superar las dudas e indiferencias de algunas de las naciones del bloque. Esto, en último término, parece indicar la fragilidad de los lazos que unen a esos Estados. Por otra parte, la postura de algunos de los más caracterizados países del

⁴ Los países participantes en la Conferencia consultiva de Belgrado, en julio de 1969, fueron los siguientes: De Africa, 27—Argelia, Burundi, Camerún, Congo-Brazzaville, Congo-Kinshasa, Chad, Etiopía, Ghana, Guinea, Kenya, Liberia, Libia, Malawi, Malí, Marruecos, Mauritania, Nigeria, RAU, República Centroafricana, Senegal, Sierra Leona, Somalia, Sudán, Tanzania, Túnez, Uganda, Zambia—; Asia, 14—Afganistán, Birmania, Camboya, Ceilán, India, Indonesia, Iraq, Jordania, Kuwait, Laos, Líbano, Nepal, Siria, Yemen—; América, ocho—Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Jamaica, Trinidad-Tobago, Uruguay, Venezuela—; Europa, dos, Chipre y Yugoslavia. Otros cuatro (Cuba, Dahomey, Finlandia y México) habían declinado la invitación. Togo y Arabia Saudita rehusaron contestar.

grupo se va deslizando desde el no compromiso, tal como había sido definido en las dos primeras conferencias, a una resuelta actitud beligerante que se aparta mucho del primitivo concepto.

El presidente de Tanzania, Julius Nyerere, afirmaba en su discurso inaugural que «crear un pacto militar entre nosotros, es un sueño, pero crear una alianza económica no lo es» y, con ello, ponía el acento sobre uno de los aspectos que más preocupan últimamente a los miembros de este grupo, como es el de la colaboración económica mutua con el fin de promover el desarrollo. «Si continuamos separados—agregaba Nyerere—nuestra situación no cambiará. Mendigaremos algo por aquí y otro poco por allá, pero siempre bajo las condiciones que otros nos dicten. Pero si formamos un grupo seremos mucho menos débiles. Las naciones ricas no tienen necesidad de uno cualquiera de nuestros países, pero no pueden permitirse el cortar sus lazos con todas las naciones no alineadas». Este ha sido el punto de vista capital desplegado en la capital de Tanzania y, después, en los debates de la III Conferencia: que el Tercer Mundo unido posee la fuerza suficiente como para exigir al Este y al Oeste que sean tenidas en cuenta sus aspiraciones. Esto es una incuestionable realidad si consideramos que, sólo en las Naciones Unidas, ese bloque posee casi la mitad de los votos y que sus territorios poseen una importancia estratégica y económica de primera fila. Pero, para que esa fuerza potencial pueda jugar el papel que le corresponde es imprescindible, como subrayaba Nyerere, que exista un mínimo de unidad, de óptica común, entre tan heterogéneos países. Y eso, pese a todos los esfuerzos desplegados, está lejos de haberse conseguido, en detrimento de los intereses de los países del bloque, incapaces de superar algunas apreciaciones que los dividen.

Los puntos concretos que se habían de resolver en Dar Es-Salaam consistían en la fecha en que se debía celebrar la Conferencia cumbre, lugar elegido para la misma y lista de los países participantes. El primer punto aprobado fue el de la fecha, aspecto en el que prevaleció la opinión mayoritaria de que la III Conferencia se celebrase antes de la apertura de los trabajos de la Asamblea General de las Naciones Unidas en el XXV aniversario de su fundación, con el objeto de mantener en la misma una conducta acorde con las resoluciones que fueran aprobadas. Respecto al lugar elegido se esperaba que fuera Nueva Delhi, aunque la India, alegando la delicada situación interna existente en el país, declinó su candidatura por lo que finalmente, y teniendo en cuenta que los países africanos constituyen la mayoría, se decidió que fuera Lusaka la sede de la III Conferencia.

LA CONFERENCIA DE LUSAKA

Al término de las reuniones había quedado trazado el esquema de las cuestiones que debían ser abordadas en la Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores: papel de los países no alineados respecto a la descolonización, la segregación racial, el racismo y el neocolonialismo así como la paz y la seguridad mundiales. Debido a las graves divergencias surgidas no fue aprobada la admisión de los representantes del Gobierno provisional revolucionario de Vietnam del Sur.

El comunicado final anunciaba la formación de una comisión, integrada por 16 países, encargada de fijar la fecha definitiva de la III Conferencia. No se hacía alusión a la participación de Camboya, pero se aprobaba la inclusión de Indonesia que, desde el derrocamiento de Sukarno, intenta recuperar su papel en el seno del Tercer Mundo. Un párrafo—adoptado con «ciertas reservas» por algunos países, principalmente africanos—reafirmaba «la necesidad de una restauración total de los derechos del pueblo árabe palestino». También se hacía constar la inquietud por la persistencia de las injerencias extranjeras en el Sudeste asiático y se condenaba «el régimen colonial fascista de Portugal, el de *apartheid* sudafricano y el minoritario, ilegal y racista de Rhodesia» así como a los Estados que los apoyan. Finalmente, se reclamaba el ingreso de la China Popular en las Naciones Unidas.

Conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores.

Durante los días 6 y 7 de septiembre, se reunían en la capital de Zambia cincuenta y dos ministros de Asuntos Exteriores para adoptar el orden del día de la III Conferencia y resolver las cuestiones previas. Para ocupar el puesto de presidente de esta Conferencia preliminar se elegía por unanimidad al ministro de Desarrollo Rural de Zambia, Rubén Kamanga, y como vicepresidentes los ministros de Asuntos Exteriores de la India y Yugoslavia. Los debates acalorados demostraron la diversidad de puntos de vista existentes en el seno del bloque no alineado. A propósito de la Conferencia de Dar Es-Salaam esto ya se había puesto, claramente, de manifiesto y el órgano de la Liga de Comunistas yugoslava, *Borba*, ya se había hecho eco advirtiendo que «no deben perderse de vista las divergencias existentes entre los países no alineados. Pero la sabiduría reside precisamente en la sustitución de los intereses individuales por los intereses de la comunidad. Esto resulta hoy fácil de lograr, teniendo en cuenta la atmósfera propicia a la actividad de los no alineados en la escena internacional». El máximo objetivo de esta III Conferencia era el de transfor-

mar el bloque en el «interlocutor válido» de las dos superpotencias. Y esto no se ha logrado en razón de esas divergencias que han hecho variar incluso el concepto del no alineamiento que ha sido definido, ahora, como «parte integrante de los cambios de estructura actual de la comunidad internacional en su conjunto». Por otra parte, se ha tomado conciencia de que los países concurrentes volcaban su principal interés hacia aquellos problemas que les afectan más directamente. Es decir, no han regateado sus aplausos hacia los observadores de los movimientos rebeldes africanos y, en cambio, los ministros de Asuntos Exteriores no pudieron ponerse de acuerdo en la admisión del Vietcong—que tuvo que ser resuelto en la Conferencia cumbre—lo que se explica porque los países africanos constituían la mayoría y sus intereses se volcaban hacia Africa más bien que hacia el Sudeste asiático. Esto se demuestra en la rápida aprobación de una durísima condena hacia los regímenes blancos «racistas» de Rhodesia y la República Sudafricana mientras que no se lograba un acuerdo sobre la representación de Camboya. También el asunto del Próximo Oriente fue marginado—a pesar del interés demostrado por las naciones árabes participantes—y sólo pudo lograrse la inclusión del tema tras largos debates indicadores de que a una gran parte de las naciones subsaharianas aquel asunto les merece una relativa indiferencia. Además, cada uno de los temas implicaba, aparte de las discrepancias anotadas, una viva controversia entre los países más moderados y los más revolucionarios, lo que se manifestaba en la forma en que pretendían redactar las posibles resoluciones. El desacuerdo fue la nota característica de esta Conferencia preliminar. Tal vez sólo quedó claramente establecido la necesidad de llevar una conducta uniforme, caracterizada por nuevas formas de presión política y económica, para conseguir el derrocamiento de los regímenes blancos del Africa austral. También se dedicó mucha atención a la cuestión de conseguir una reforma de las Naciones Unidas a las que se acusaba de «haber guardado un silencio ignominioso ante la carnicería de Vietnam y haber demostrado su ineficacia ante la crisis cubana, la invasión de Checoslovaquia, etc.», aunque no se dedicaba una sola línea a la comprobada ineficacia de la ONU respecto al exterminio del pueblo de Biafra y esto, no queda ninguna duda, porque los intereses de los países del Africa subsahariana, exigen olvidar el asunto y porque fue la presión de esos países—que ahora condenan la ineficacia de la Organización mundial—quienes impusieron a la ONU una completa inacción. La presión de los países asiáticos motivó una resolución exigiendo «el cese inmediato de hostilidades y la retirada sin condiciones de las tropas extranjeras de Vietnam para permitir al pueblo decidir

LA CONFERENCIA DE LUSAKA

su futuro sin intervenciones extrañas». Como indicábamos, no pudo resolverse la cuestión de la representación de Camboya—que se disputaba una delegación enviada por el Gobierno Lon Nol y otra, presidida por Sarin Chhak, ministro de Asuntos Exteriores del príncipe Sihanuk—y de Vietnam, que pretendía asumir la señora Binh. En el debate final, efectuado el día 7, veintiún Estados se mostraban partidarios de aceptar al representante de Sihanuk mientras que siete apoyaban a la delegación de Lon Nol y otros doce, entre los que se contaban la India y Marruecos, se mostraban partidarios de que se rechazase a ambas delegaciones por opinar que la situación actual de Camboya no permite juzgar representativos a ninguno de los dos Gobiernos que se disputan el poder. Esta fue la tesis admitida finalmente por los ministros de Asuntos Exteriores y transmitida a la III Conferencia de jefes de Estado y de Gobierno.

III CONFERENCIA

Se inauguraba el 8 de septiembre en un ambiente de general expectación. En el centro de la mesa presidencial se sentaba el jefe del Estado de Zambia, Kenneth Kaunda, como anfitrión, teniendo a su derecha al mariscal Tito y a su izquierda al emperador de Etiopía, Haile Selassie. El presidente yugoslavo concedía la palabra a Kaunda y éste pronunciaba el discurso inaugural en «el nombre del Dios Todopoderoso», pidiendo a los delegados de los cincuenta y cuatro países asistentes que guardasen un minuto de silencio en honor de los caídos africanos. Aludía seguidamente a la situación mundial y después de recordar los puntos básicos aprobados en las precedentes Conferencias de Belgrado y El Cairo exponía los problemas principales de la hora presente, mencionando prioritariamente al Africa austral, Sudeste asiático y Próximo Oriente. Se esforzaba en presentar la no alineación como la «unidad en la diversidad» y criticaba el apoyo que las naciones occidentales prestan a Portugal, República Sudafricana y Rhodesia en los terrenos político, económico y militar, lo que alienta «el dominio que las minorías ejercen sobre la mayoría». El discurso de Kaunda demostraba, una vez más, que el tema del Africa austral ocupaba el primer plano de las inquietudes de los países representados en Lusaka. Esto resulta comprensible si consideramos que de los 54 países, 33 eran africanos y los problemas de Africa, por las razones antes apuntadas, acaparaban la principal atención de la Conferencia.

Si comparamos las listas de los países participantes en esta III Conferencia y la de aquellos que concurrieron a la Conferencia consultiva de Belgrado, de julio de 1969, observamos que en Lusaka han estado presentes diversos países que entonces no hicieron acto de presencia. De ellos siete africanos (Botswana, Guinea Ecuatorial, Gabón, Lesotho, Ruanda, Swaziland y Togo), tres asiáticos (Malasia, Singapur y Yemen del Sur) y dos americanos (Cuba y Guyana). Registrándose, por el contrario, la ausencia de otros varios Estados que habían enviado representaciones a Belgrado el año anterior: Malawi, Birmania, Camboya y seis de los países hispanoamericanos. Estos cambios parecen corroborar la fragilidad de los lazos que unen a este heterogéneo grupo.

Pablo VI enviaba un expresivo mensaje al presidente de Zambia, transmitido a través del nuevo embajador de dicho país en la Santa Sede, subrayando la importancia de la Conferencia no sólo por el número de Gobiernos representados en ella, sino también por los «nobles ideales de colaboración y de paz» que constituían el objetivo de la misma. «La Iglesia Católica—agregaba—es consciente de que su misión espiritual trascendente es la concreta solución de los problemas temporales. Tal labor corresponde también a aquellos que tienen alguna responsabilidad en la vida política, económica y social, como comunidad universal de los hombres que creen en los ideales de fraternidad y paz» insistiendo en que «es necesario hacer efectivo el derecho de todos los hombres a una igualdad real, sin distinción de razas, culturas o condiciones sociales» y que «debe esperarse que grandes recursos económicos y técnicos, hasta ahora absorbidos en el estéril campo de los armamentos, puedan ser consagrados para una contribución generosa al progreso de la humanidad». Aunque estas palabras parecen dedicadas, especialmente, a las grandes potencias que son quienes invierten sumas fabulosas en sus presupuestos militares, no debe olvidarse que estas naciones representadas en Lusaka distraen grandes cantidades, pese a las difíciles condiciones económicas que pesan sobre sus pueblos, con fines análogos. Así, se calcula que unos 19 mil millones de dólares invierten las naciones del Tercer Mundo en sus propios armamentos, en vez de volcarlos hacia la tarea inaplazable de superar el subdesarrollo. Nigeria, uno de los países participantes en esta III Conferencia, ha gastado en armamentos, con el fin de exterminar a uno de los pueblos englobados en la Federación, varios miles de millones, mientras que escatima en otros gastos que pueden promover el bienestar nacional. Estos contrasentidos ejercen una influencia nociva hacia la causa de la no alineación, por lo menos en el aspecto moral, y permiten poner en duda la sinceridad de esos objetivos de «colabo-

ración y paz» que pregonan los dirigentes del Tercer Mundo. En último término parecen evidenciar un egoísmo y una visión arbitraria no muy diferentes de los que practican las grandes potencias.

Realmente, en Lusaka han prevalecido, como en las Conferencias anteriores, las resoluciones tendentes a condenar fogosamente a «los regímenes coloniales y racistas» de Lisboa, Pretoria y Salisbury. La primer ministro de la India, Indira Gandhi, a pesar de la moderación de sus intervenciones en otros temas, no dudó en lanzar un severo ataque contra los regímenes citados siendo fuertemente apoyada por el emperador de Etiopía que expuso un programa de cinco puntos para hacer efectivas las sanciones contra la República Sudafricana. El proyecto de resolución sobre Africa del Sur reafirma la legitimidad de la lucha emprendida por el «pueblo oprimido por la política del *apartheid*» y un texto del Comité permanente de la Conferencia introducía la condena «a los países—en particular los Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, República Federal de Alemania, Italia y el Japón—cuya colaboración económica, política y militar con el Gobierno de la República Sudafricana alienta e incita a ese Gobierno a proseguir su política racista». Este tema del Africa austral fue el único capaz de suscitar la unanimidad. Y la consecuencia de ello ha sido el redoblado ataque a Pretoria en la Asamblea General de las Naciones Unidas, tal como se ha demostrado últimamente en la cuestión de las credenciales de su delegación en la ONU. Los relativos éxitos conseguidos por la misión de la OUA, encargada de transmitir una resolución análoga a las capitales occidentales—Roma, Bonn y París—demuestran que existe terreno abonado para que esta ofensiva africana sea proseguida con fruto. Los fracasos de Washington y Londres, por otra parte, estaban previstos por los dirigentes reunidos en Lusaka aunque, para no perjudicar la gestión de la mencionada Misión, la RAU, resueltamente apoyada por la India, propuso la redacción del texto en los siguientes términos: «condenar vigorosamente el apoyo concedido al régimen racista de Africa del Sur por *ciertas* grandes potencias, en particular la Gran Bretaña, que ha amenazado con contravenir la resolución del Consejo de Seguridad que recomienda el embargo de armas con destino al régimen racista sudafricano...». Con ello, al mencionar exclusivamente al Reino Unido, se pretendía desalentar la disposición del primer ministro británico de reanudar los suministros de armas a Pretoria. El fracaso de Nyerere y Kaunda en Londres les movió, primero a dirigir un mensaje a Heath amenazando con abandonar la Commonwealth. Más tarde rectificaron su postura en un sentido más ambi-

cioso al anunciar su proyecto de expulsar a la Gran Bretaña de dicha Organización.

Otro tema que ha retenido la atención ha sido el del futuro papel que los países no alineados deben representar en la Organización mundial. La mayoría de las voces escuchadas en Lusaka se han mostrado abiertamente partidarias de reforzar la autoridad de las Naciones Unidas «aumentando—como afirmaba Makarios—nuestra voz» en la misma. Este deseo resulta comprensible si se tiene en cuenta que los países concurrentes a esta Conferencia suponen casi la mitad de los votos de la ONU y, por tanto, su influencia es tan considerable que no puede resolverse ningún asunto importante sin contar con su aprobación. Los países no alineados esperan ver aumentados su número en el futuro llegando, tal vez, a contar con la absoluta supremacía. En tal caso, les resultaría muy conveniente, para imponer sus puntos de vista, que la Organización que controlasen dispusiese de una autoridad reforzada, en vez de la vacilante y débil que presenta en la actualidad. Es una maniobra de largo alcance y de gran envergadura que puede hacer variar la actual situación caracterizada, como afirmaban los ministros de Asuntos Exteriores en su Conferencia preliminar, por la realidad de que «las grandes potencias utilizan a la Organización mundial como un mero sello de caucho que refrende sus decisiones, para consternación de las pequeñas y medianas naciones». Cada día que pasa las superpotencias encuentran más dificultades para imponer sus propios puntos de vista en el arcótipo internacional y ha de llegar un momento, si persiste la trayectoria actual, en que han de carecer de fuerza suficiente para ello. Esto explica el desmedido interés puesto en la ONU por la Conferencia de Lusaka. Se trata de lograr una «participación colectiva», como afirmaba Suharto, de los países del Tercer Mundo en la política mundial.

Otro problema muy debatido ha sido el del Próximo Oriente, aunque se han apreciado puntos de vista totalmente divergentes. Suharto expresaba el apoyo de Indonesia a la causa árabe, Tito condenaba, en términos muy duros, la «agresión israelí» contra Egipto y otros países árabes por opinar que «los hechos han demostrado que Israel no se veía amenazada y que la agresión contra los países árabes no surgió de una necesidad de defensa sino de un deseo de conquista». Iraq exigía categóricamente la restauración de los palestinos en la plenitud de sus derechos. Mahmud Riad, mucho más moderado, preconizaba una táctica contemporalizadora. Las propuestas que reclamaban la aprobación de la tregua contenían términos muy duros para Israel, al que se acusaba de obstruir sistemáticamente los esfuerzos desplegados para llegar a una paz

LA CONFERENCIA DE LUSAKA

negociada y se exigía la aplicación de sanciones en el caso de que continuase con esa actitud.

También el problema del Sudeste asiático fue objeto de vivos debates, prevaleciendo la opinión de que debe ser conseguida la neutralidad de la región mediante garantías concretas de la China Popular, la Unión Soviética y los Estados Unidos. El general Suharto exponía un interesante plan para promover la paz: cese de todas las hostilidades y retirada de las tropas extranjeras; respeto de la soberanía e integridad de Camboya, así como no injerencia en sus asuntos internos, por todas las partes interesadas; nueva reunión de todos los países participantes en la Conferencia de Ginebra para reactivar la Comisión internacional sobre Camboya; finalmente, que todas las partes interesadas se agreguen a dicha Conferencia para tratar de hallar una solución negociada del conflicto. Sin mencionar a ninguno de los países implicados, un proyecto de resolución sobre la guerra de Indochina reclamaba un «inmediato cese de las hostilidades y la retirada incondicional de las tropas extranjeras a fin de permitir al pueblo que decida su futuro sin injerencias extrañas».

Nuevamente se ha insistido en Lusaka acerca de la necesidad ineludible de llegar a un desarme general y completo. A diferencia de las anteriores conferencias, especialmente la I, en esta se ha observado escasa atención respecto a las pruebas nucleares en la atmósfera que vienen realizando la China Popular y Francia. Esta actitud de ambos países no ha merecido la adecuada condena de los países reunidos en Lusaka.

En compensación, se ha dedicado mucha más atención a los problemas económicos que afectan al Tercer Mundo. Los países no alineados parecen haber llegado a la conclusión de que la ayuda para el desarrollo que vienen proporcionando las grandes potencias resulta escasa e ineficaz para lograrlo y, por ello, desean planear una estrategia común, mediante una cooperación regional e interregional, que facilite la consecución del desarrollo mediante los recursos propios. La concertación de intereses en algunos campos concretos—como la que se viene esbozando respecto al petróleo—puede ser el primer paso para lograr esa cooperación, mucho más fácil de alcanzar que una identificación de criterios políticos.

En definitiva, en la Conferencia de Lusaka junto a discrepancias decepcionantes—que hacen suponer la imposibilidad de llegar a constituir esa tercera fuerza que se planeó en 1961—se vienen apreciando signos de homogeneización en algunas trayectorias políticas. Por lo pronto, se ha destacado el cariz de abierto progresismo, de tipo revolucionario, de un grupo muy cualificado de

países. Ciertamente, no han logrado imponer sus criterios y, en general, ha prevalecido un ambiente de cierta moderación. Pero no cabe desconocer el hecho de que se asiste a una marcada evolución del bloque, en el sentido de despegue de las posturas, iniciadas en la I Conferencia, puramente neutralistas a otras abiertamente hostiles hacia las grandes potencias. Esto justifica el poco entusiasmo demostrado por la Unión Soviética hacia el conclave de Lusaka y la estudiada indiferencia de los Estados Unidos. Como indicaba el secretario de la III Conferencia, Mainza Chona «ni el Este ni el Oeste están satisfechos de que se celebre esta Conferencia». Moscú, a pesar de que Kosyguin enviase un telegrama de felicitación, no podía quedar muy complacido de la abierta condena a la doctrina Breznev, por «la invasión de Checoslovaquia», lanzada por el mariscal Tito. Washington tampoco podía permanecer insensible a las críticas durísimas de su actuación en las crisis del Próximo Oriente y del Sudeste asiático. Las dos superpotencias contemplarán, en lo sucesivo, con frialdad la actuación comunitaria de este bloque, aunque cultiven aisladamente la amistad de los países integrantes.

La Conferencia, para evitar la dispersión de esfuerzos en lo sucesivo y para vigilar el cumplimiento de los acuerdos adoptados, ha decidido crear un «mecanismo ejecutivo» encargado de fomentar las relaciones entre los países signatarios. Tito hacía resaltar la absoluta necesidad de realizar un sistema de frecuentes entrevistas y reuniones, a todos los niveles, para mantener la cohesión. De todas formas, la disparidad de intereses entre los países que se consideran no alineados permite juzgar con escepticismo el porvenir que, como bloque, les aguarda.

JULIO COLA ALBERICH.

CRONOLOGIA

